

❖ PAGINA LITERARIA ❖

El pecado del Angel

Siempre, cuando en su alcoba perfumada
la Amada desnudarse pretendía,
el Angel de la guarda se salía,
un momento del cuarto de la Amada.

De la vecina estancia distinguía,
con el placer de una alma enamorada,
el ruido de la seda libertada
de aquella suave y blanda tiranía.

Una noche, el Buen Angel, de repente,
en un espejo vio las maravillas
de aquel desnudo cuerpo transparente.

Y al sentir que en pasión se iba abrasando,
cayó, como un esclavo, de rodillas,
ante la luna de cristal llorando.

Ciro MENDIA

Ultimo ruego

En la niebla dorada de mis sueños
flota la imagen pálida y querida
de una mujer que abrióme una honda herida,
negándome sus mimos halagüeños.

Sus labios—rojos pétalos sedeños—
llevan de hiel la copa de mi vida,
y exprimen la ubre de mi alma, henchida
de dolores, sus dedos marfileños.

Yo no creí ese amor tan fuerte y grande
que resistiera tiempo y desengaños
como resiste ráfagas el Ande.

Pero ha soplado el viento de los años
que hasta la gloria en el olvido expande,
¡y la amo aún como la amaba antaño!

Sebastián ANTOLINEZ R.

DIVAGACIONES

Tengo en mi alcoba de estudiante una calavera muy blanca. Y la quiero, ¿por qué no? La quiero y converso con ella muy largo por las noches, cuando ya todo está dormido y me he cansado con la estéril monotonía de los libros. Entonces la cojo con mis manos, acariciándole los pómulos enjutos y la quijada aguda como una quilla.

Ella me observa también con sus ojos tan grandes que parecen mirar al infinito, tan hondos y tristes, como hondas y tristes son las fosas.

La quiero porque es una amiga que no engaña. Es la maestra que nos enseña cosas que no hay en los textos. Me enseña la mentira de la vida, la verdad de la muerte, la nada de las cosas y la filosofía de la eternidad. Ella me enseñó el camino para entrar en las cavernas de mi propio ser.

Pero a pesar de todo, cómo me hace temblar su risa morbosa. El ruido siniestro que producen sus dientes al chocar, es la extraña voz de los muertos la más clara, la que no sabe mentir.

Calavera: ¿de qué te ríes?, le digo cuando

me muestra sus encías descarnadas. Te burlas de mí; me tienes lástima? Y yo no me enojo cuando me contesta con una carcajada, afirmativamente. Luego continúa diciéndome, burlesca: me río de ti porque no quieres ver en mi semblante flaco y pálido el fin que te espera. Te imaginas que soy desgraciada, porque no tengo carne rosada como tú, y no sabes que eso se corroe y apesta. No sabes que serás más feliz cuando los gusanos te despojen de todo y te dejan salir el alma ágil, libre y sin peso a extenderse por el espacio que no tiene dimensiones. Me río de ti, hombre, porque eres ignorante; no conoces las cosas que yo aprendí en la tumba, ni sabes tampoco la ciencia que hay escrita en los muros de la eternidad. Tu vista no alcanza más allá de las apariencias y la mía penetra el fondo de las cosas. Por eso vivo riendo de esas cosas que son y no son nada. Por eso no comprendes mi silenciosa carcajada, por eso te asusta.

Aquí se pone seria y mientras veo la claridad de las verdades en la oscuridad de las órbitas profundas, oigo que mi pensamiento canta triste al compás del silencio:

Calavera, no te burles—de que no me sé reír
¿Cómo puedo sonreírme—si mañana hay qué morir?

Arturo LEON GOMEZ